

Páginas Ilustradas

AÑO II

Propietarios: Calderón Hermanos

Nº 72

Director, PRÓSPERO CALDERÓN

Certamen de Páginas Ilustradas

Esta Revista se propone llevar á cabo algunos certámenes de carácter social. El primero de la serie que verificaremos mensualmente tendrá lugar el 1º de enero de 1906, en esta forma:

Hasta las 12 m. del día 21 del presente mes, el Director de *Páginas Ilustradas* recibirá composiciones en verso y prosa, no pudiendo pasar las primeras de *veinte versos* y las segundas de *quince renglones* de esta revista.

Tanto las unas como las otras llevarán por título la palabra *Postal* é irán dedicadas, cada una, á la señorita de nuestra sociedad que el autor elija para el objeto.

Las mencionadas composiciones irán firmadas con un seudónimo y enviadas á la Dirección de nuestra revista, en cubierta cerrada; y en otra cubierta, igualmente cerrada, el nombre del autor; teniendo cuidado de consignar, fuera de esta misma cubierta, el seudónimo que lleve la composición respectiva.

A las 12 m. del 21, las personas que componen el cuerpo de redacción de *Páginas Ilustradas* romperán los sobres que no lleven consignado fuera el seudónimo dicho y calificarán los trabajos; y el que resultare con más méritos, ya sea en verso ó en prosa, será publicado en esta revista el 1º de enero próximo, acompañado del retrato de la señorita á quien esté dedicada la *postal*, siempre que sea posible obtener la fotografía correspondiente.

Si á juicio de la Redacción resultaren otras composiciones con méritos para su inserción en estas columnas, ellas serán también publicadas en ediciones posteriores, procurando acompañarlas de los retratos de las señoritas á quienes estén dedicadas.

El autor de la composición agraciada recibirá un pequeño obsequio de la empresa de *Páginas Ilustradas*.

Las cubiertas que contengan los nombres de los autores no premiados no serán abiertas y se incinerarán inmediatamente.

Los nombres de los autores vencedores serán publicados, siempre que ellos den su autorización.

Ascensión al Volcán Irazú

Daban tres campanadas los relojes de «la muy noble y leal ciudad de Cartago» cuando salíamos de la población para marchar de frente al Norte, siguiendo el laberinto de callejuelas llamado el Arrabal. La noche estaba oscura y fría; una niebla densa ocultaba por completo los rayos de la luna; la llovizna hacía reflejar sobre los empedrados de las calles la escasa luz del alumbrado público: todo parecía un augurio de mal éxito en nuestra proyectada ascensión al Irazú.

Don Enrique era joven, de sangre sajona, capaz de arrostrar grandes penalidades, aunque su poca costumbre de viajar por nuestras montañas nos hacía pensar que llegaría á fastidiarse antes de amanecer; Manuel, muchacho de veinte años, capaz de caminar dos días seguidos sin fatigarse y sin probar bocado; y don Carlos, nuestro guía, alemán como de cuarenta años de edad, tan poco comunicativo que parecía no formar parte de la cabalgata. Cuando se viaja con personas de esta clase no hay malestar ni cansancio. A nadie se le ocurrió pensar que el temporal nos acompañaría hasta la cima de la montaña. Estábamos decididos á subir y, naturalmente, la niebla nos dejaría libre el paso. En efecto, á las cuatro de la madrugada salimos de la región de la niebla. ¡Qué noche tan bella! Un cielo azul, sin nubes, tachonado de estrellas, é iluminado por la luna que nos enviaba sus rayos verticalmente; el viejo valle del Guarco quedaba atrás cubierto con una inmensa sábana de nubes que parecían copos de algodón, ó un anchuroso río que nos separase de las montañas situadas al Sur de la antigua metrópoli. Para el que viene de las calles de Londres ó Nueva York, para el que vive en los cafés y salones de baile, esas vistas deben de ser sublimes; allí es donde se olvidan las pequeñeces de la vida, y el alma se entrega por completo á la contemplación de la naturaleza.

Serían las cinco cuando pasamos por *Tierra Blanca*: todas las casas estaban cerradas, sólo una tenía las puertas abiertas; algunos hombres salían al corredor y las notas causadas de un acordeón, acompañado de guitarra, indicaban que la gente se divertía adentro.

A medida que subíamos, los caballos acortaban el paso; la tierra blanca y arcillosa se cambió en polvo finísimo, que á la menor ráfaga de viento se levantaba con la misma facilidad que el humo. Rara vez se pueden observar cambiantes tan completos como al subir al Irazú: primero la parte pedregosa de Cartago, luego la arcilla resbaladiza de *Tierra Blanca*, después el polvo finísimo y el suelo relativamente plano de los maizales y papales; más arriba, entre los 2,200 y 3,000 metros de altura, la región de los robles, y por último los arenales formados en su mayor parte con las escorias del volcán reducidas á fragmentos diminutos, donde apenas se desarrollan las plantas alpinas.

Fácil sería reseñar las zonas vegetales, porque ellas han sido estudiadas por *Ersted*, *Frantzius*, *Pittier* y tantos otros. *J. L. Stephens* y *Lawrence*, por ejemplo, visitaron el volcán desde hace sesenta y cinco años.

Nos hallábamós á 2,300 metros de elevación, aproximadamente, cuando salió el sol, aclamado por la gritería de las piapias y demás pájaros que bajaban de la montaña buscando su desayuno en las milpas. Era el 7 de febrero, época en que Flora se halla aún revestida de todas sus galas. Los colibrís, revoloteando sobre las copas de los matorrales, hacen contrastar admirablemente sus brillos metálicos con el tinte suave de las campanillas de color rojo, azul y blanco.

Al llegar á la quebrada de Chicué (3,032) desalojamos á los pajarillos que tomaban su baño matutino para hacer á la orilla de la fuente una taza de café; después de cuatro horas de jornada á caballo, todos estábamos dispuestos á comer y beber sin cumplimientos.

Hasta las diez de la mañana no llegamos al cráter del volcán. El tiempo estaba agradable, con 17° centígrados de temperatura; más tarde el termómetro marcó 19°. Pero no estaba tan claro en las partes bajas que nos permitiese ver las aguas de ambos mares. Mr. Stephens, que visitó el Irazú en febrero de 1840, dice que pudo reconocer desde un solo punto el Golfo de Nicoya y la Bahía de San Juan del Norte, sin tener siquiera que variar la posición del cuerpo, pues se veían los dos mares en los extremos de un ángulo casi recto.

La cuenca del volcán abraza una circunferencia de tres kilómetros poco más ó menos, toda cubierta de escorias y rocas desnudas, que apenas pueden sustentar pequeños arrayanes y algunas otras plantas achaparradas, vestidas á veces de colgajos de color blanco amarillento. Digno de verse es el aspecto de estas plantas en la mañana, cuando la luz crepuscular les da la apariencia de árboles cubiertos de nieve ó bien semejan corales gigantes,cos,

Desde la cima, á 3,414 metros de elevación, las llanuras de Santa Clara se presentan como un mar tranquilo, situado al pie de una peña de altura colosal,

Pocos animales habitan aquellos parajes desiertos: recuerdo haber visto un ratoncito cerca del cráter más hondo; afuera volaban algunos pajarillos, como los *Juncos* y los *Chlorospingus*; dos mariposas se agitaban aquí y allá; encontré varios coleópteros que vivían debajo de una piedra.

Como á eso de medio día montamos de nuevo á caballo y emprendimos nuestro viaje de regreso á Cartago, donde nos esperaban á comer. Después supimos que otros expedicionarios habían vuelto á la ciudad con una costilla rota y sin haber pasado de la región de los robles. Así es todo en este mundo: unos gozan uniformemente y otros sufren siempre contrariedades.

A. ALFARO

Los leones y los tigres corren ó saltan con la rapidez de un buen caballo al principio de una carrera; pero tienen débiles los pulmones y no resisten mucho tiempo en ejercicio tan pesado.

A ELENA.....

Fascina la gloria, y la belleza deslumbra; pero sólo encanta la virtud.
La una ilumina el mundo de la historia, y es única estrella del arte la otra; pero la virtud aviva é inmortaliza los resplandores de la belleza y de la gloria.

Para gozar en la contemplación de lo divino en lo humano, que es el ideal supremo,—lo que fascina y deslumbra y encanta,—es preciso concebir la belleza coronada por la gloria y con la virtud por alma.

ALY

A CARLOTA.....

Ignorar no es ser inocente; la inocencia es virtud del cielo: toca con sus leves alas en los límites de lo excelso y lo santo; sus claras y hermosas irradiaciones cautivan el alma; es ella la que constituye el verdadero símbolo de un espíritu fuerte y noble si, por encima de un entendimiento vigoroso y culto, se alza con majestad real en inmortales fulguraciones.

Tiene el mar su amable fantasía: la perla; y la roca de la montaña, el oro. En el corazón de la mujer, es la inocencia la fantasía amable.

REYNAL

MI MASCARA

En la luz del espejo veneciano
Que retrata el salón resplandeciente,
Miro girar espléndido y riñete
Todo un alegre mundo cortesano.

Juntos como los dedos de una mano
Pasan en derredor confusamente,
De los amores la esperanza ardiente,
De las perfidias el dolor insano.

Gallarda, fascinante, majestuosa
Viene hacia mí la máscara hechicera,
Raro conjunto de mujer y diosa.

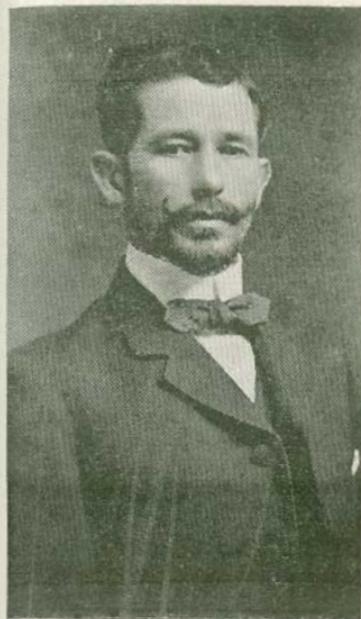
Es la deidad de rubia cabellera,
La tapada, la gentil y misteriosa
Que dice al corazón: ¡Ama y espera!

RAFAEL OCHOA

El Primo

NOVELA COSTARRICENSE

DE JENARO CARDONA



Fot. Paynter

Jenaro Cardona

El señor don Jenaro Cardona cree modestamente haber cometido un desafuero contra las letras patrias, al publicar su novela titulada *El Primo*, que nos ofrece en sencilla edición, sin las consagraciones de ningún hierofante literario, y lo que es mejor todavía, sin jactancia alguna.

La obra en sí, no tanto por su forma, — en la cual se advierte á cada paso la precipitación en el escribir y la rapidez en el limar la prosa y corregir las pruebas, — cuanto por su hermoso fondo, está demostrando la tesis contraria: esto es, que no puede ser desaguisado en punto de letras patrias una novela que tiene *tendencia*, que la desarrolla con enérgica habilidad y á veces con amplio estilo y que la hace efectiva y perfecta con esfuerzo vigoroso, dejando gérmenes sanos en el espíritu de quien lee con fruto obras de esta clase,

difíciles de concebir, pero más difíciles todavía de realizar.

El señor Cardona ha hecho en el género novelesco un ensayo feliz, que bien puede ser el augurio de trabajos en regla para lo porvenir; pero que es sin duda una manifestación respetable de sus maduras energías, de su sólida cultura y de su excelente disposición para la ardua labor literaria nacionalista ó regionalista.

En efecto, *El Primo* tiene un fin, un fin bueno, elevado y digno. Es una enseñanza y á la vez una protesta, relativas á esos tristes lances de familia, que en muchos casos se convierten en dramas, y en los cuales juegan en tropel horroroso, por un lado el bien, el deber, el honor, la hidalguía, el amor sincero y por el otro la bajeza, la impiedad, el interés, todas las malas pasiones: lucha gigante y eterna, que á fuerza de repetirse es casi la razón de ser de las sociedades y en la cual el triunfo ó la derrota caen á un lado ó á otro, indistinta y cruelmente; para cuyo juicio no hay aún un criterio moral exacto; cuya infinita y constante novedad asombra, como asombra la perenne reproducción de la vida y de la muerte. Esos dramas, á veces oscuros, á veces brillantes con todo el brillo letal del escándalo, se suceden de un modo incesante en las corporaciones

sociales, como siguen, una tras otra, las catástrofes de la naturaleza; son algo así como la explosión de los fermentos venenosos que agitan el pecho humano; son crisis saludables, lecciones tremendas que, ya en la vida real ó en la fantástica novela, deben ser aprovechadas, por el gran sedimento de salvadora filosofía que dejan en el fondo del alma.

En *El Primo* se nos presenta con toda claridad uno de esos desastres que de cuando en cuando conmueven las sociedades, instruyéndolas al propio tiempo en sus deberes, en sus previsiones, en su sanción obligatoria. Allí desfilan los personajes conservando su carácter peculiar desde el principio al fin, lo cual es un gran mérito por cierto; cumpliendo debidamente su papel en la trama; mostrando el proceso de la perdición de una familia, de la honra de una pobre muchacha, y de la felicidad de un leal enamorado, y el desarrollo de mil infamias varoniles y femeniles, que por más lamentables y repelentes no dejan de ser menos humanas y verdaderas.

El libro deja, pues, una impresión honda y un buen acopio de moral y de experiencia en el pensamiento.

Hay que leer *El Primo* y estimular debidamente al señor Cardona en su tarea de novelista, que bajo tan buenos auspicios comienza. Es preciso que su libro no quede sepultado en el injusto olvido y en la indiferencia que suele usar nuestro público para con estos frutos intelectuales, sino que por el contrario, lo saboree con cuidado y siembre sin demora la buena semilla que nos trae.

En consecuencia con estas ideas, nada tiene de antojadizo mi deseo de hacer constar al señor Cardona que me ha agradado de modo profundo su novela y que humilde y sinceramente la aplaudo.

GUILLERMO VARGAS

Tú mUSA

A RAFAEL OCHOA

En los celestes ojos soñadores
La abrasadora luz del mediodía;
Su voz es un raudal de melodía;
Su frente una mañana de esplendores.

Dibuja en su cuerpo los primores
Blanca veste de raso y pedrería;
Guarda su labio mieles y ambrosía,
Y arde su tierno corazón de amores.

Cantan, y en el azul vuelan triunfantes
Despidiendo magníficas centellas
Sus doradas estrofas palpitantes.

Lágrimas vierten sus pupilas bellas,
Y en copas de zafiros y diamantes
Bebe el fuego inmortal de las estrofas.

El suero judicial

Después de tantos sueros como se han descubierto para alivio de la humanidad doliente, tenemos uno más, destinado á la magistratura, ó más bien, á sus víctimas, porque evitará muchos errores judiciales, para distinguir, de una manera perfecta, si las manchas de sangre provienen de sangre humana ó de la de animales. En lo sucesivo no puede haber dudas á cerca de si las manchas de sangre provienen del sacrificio de un pollo, ó de un conejo, como sostiene el acusado, ó de un homicidio, como suele sostener el magistrado, que no se satisface si no aplica la sentencia de muerte, gracias al método creado por los señores Deulsch y Shultze, y principalmente por monsieur Bordet, del Istituto Pasteur.

Este método es muy sencillo: supongamos que se haya operado sobre un conejo y que se le haya inyectado sangre humana. Si el suero de ese conejo se pone en un tubo en contacto con sangre diluida de una especie que no sea la humana, se obtiene un líquido claro, diluido. Si ese mismo suero, al contrario, se pone en contacto con sangre humana diluida, se produce una perturbación característica, una especie de precipitado en líquido.

La operación no es complicada: dada una mancha de sangre dudosa, se agita la materia de esta mancha con un poco de agua salada, y después de filtrada se reparte el líquido obtenido en partes iguales de dos tubos; en uno se echa una gota de suero del conejo inyectado de sangre humana, y en el otro, el que sirve para la contraprueba, se echa una gota de suero que no haya sufrido preparación alguna. Si el contenido del primer tubo se turba, mientras el segundo permanece límpido, se tiene la certidumbre de que la sangre de la mancha es sangre humana. Si la prueba es negativa, se trata de sangre de un animal.



Fot. Rudd

Costa atlántica,—Río Banano

Que ¿quién es doña Antonia? Pues suponte una inteligente jamona, regordeta, nariz á la Cervantes, boca chica y muy fea. Lo único que luce su cara, son dos ojazos negros, vivísimos, y su cabeza un moño á la sevillana, pero sin clavel.

Continuamente andando la casa para inspeccionar el orden y el aseo, con un dengue y cierta sonrisilla, que, en sus tiempos de muchacha, de seguro fué lo que cautivó el corazón de don Terencio, amo de casa y tierno esposo hoy de la doña Antonia.

Es un buen hombre el tal don Terencio, que deja omnímodas libertades á su mujer, gracias á la debilidad de su carácter. Dos niñitos son los retoños de matrimonio tan cabal. Para concluir te diré que lo más curioso en esa casa, es Pilar, la cocinera. Mujer de tentadoras formas y por lo demás un "tomo de la edición de los criados."

Tiene dos años ya de estar en la casa, sin haber recibido nunca retribución alguna por su trabajo.

Doña Antonia conocía desde muy joven á Pilar, pero ésta no había entrado como cocinera de la casa, sino hasta mucho tiempo después, *arrimada*, mientras se hacía de una buena colocación. Pero regalitos por aquí, y tal arte y tal maña se dió la señora, que Pilar agradecida, fuese quedando en el servicio, no sólo de cocina sino de la casa toda.

Tenía Pilar un chico, fruto de un desliz, que servía de correvedile y que fregaba los cristales de las ventanas de la calle, sin haber obtenido en pago, sino una que otra peseta que de cuando en cuando el bueno de don Terencio ponía en sus manos, remunerándole así porque le compró fósforos ó porque fué por una candela de esperma.

En la sala había establecido doña Antonia una *purería* en donde trabajaban de continuo dos muchachas muy pálidas que pasaban el día *desve-nando* tabaco y en indecentes chanzonetas y estornudando, con Pepe, mozo calaverón que á más de buena cara poseía un eterno buen humor.

Habíase conseguido que Pilar quedase como cocinera sin sueldo; pero á la señora le hacía falta una oficiala en la tienda de tabaco y no era cosa de aflojar unos reales para traer otra.

* * *

Todos tenemos debilidades, unos más que otros. Y cuando se nos toca por el *lado flaco* se consigue ó se pierde lo que de nosotros quiera sacarse. No hay cosa más útil, pues, que antes de hacer tentativas para el logro de fines, sin darnos á conocer nosotros perfectamente, estudiemos el carácter

de los sujetos con quienes trabamos relación. De modo que hasta en los casos más superfluos sabremos agradecer, y por lo tanto seremos también, por nuestra parte, complacidos.

La manía de la sirvienta de la casa de la puería, era la de aspirar á ser cara mitad. Cuando se quisiese conseguir algo de ella, no había más que salirle con que ella aun se podía casar. ¡Cuántas otras siendo malas mujeres y viejas lo habían conseguido! Cuánto más ella que estaba joven..... ¿Qué se le pedía entonces que no lo hiciera?

Ya había hecho migas con Pepe el que arrollaba la hoja de esa planta cuyo cultivo es tan difícil y luego se va en humo.

Por costumbre de hacerlo con todas, requebraba Pepe á Pilar; y se distinguía más para hacer reir á sus pálidas compañeras de trabajo.

Un sábado, cuando compraba el diario en el mercado, tropezó Pilar con una señorona que sabía las cualidades de orden y aseo que adornaban á nuestra maritornes. La habló para que fuese á servirla. Ofrecióla buen sueldo y amplias comodidades para que el hijo asistiese á la escuela.

De vuelta de las compras, no cupo en sí de gozo; contó en casa la excelente colocación que le habían prometido en el mercado. Y como si el tiempo le faltase se despedía de una vez para irse al día siguiente.

Doña Antonia, que no quería pagar una oficiala en la puería iba á tener que pagar cocinera también.

Así, pues, toda la noche pasola cavilando, y hasta que no se le vino á la mente el ardid, por el cual retendría á la mujer de su servicio, no consiguió dormirse.

Al día siguiente, muy temprano, le dice á Pilar:

—Qué triste se va á poner Pepe cuando se entere de que usted se marcha de la casa.

—No..... ¿Por qué? Yo jamás he podido llamar la atención de él.

—Pues, ya verá usted. El día de el Cristo de Esquipulas, cuando usted se marchó á Alajuelita, todo el día estuvo en averiguaciones del por qué no la veía.

—¿De veras!..... Pues no creía..... ¡Ah! Sí que él me ha requebrado muchas veces al salir.

—Pues ya ve usted, y piénselo bien. Eso de desperdiciar una ocasión.....

Pilar no se fué. Todo lo contrario, desde entonces desplegó una actividad asombrosa en el manejo de la casa, para tener tiempo de acicalarse é ir á *desvenar* tabaco á la puería.

La señora tuvo, á partir de ese día, sirvienta segura y la oficiala que necesitaba. Y Pepe, gran diversión y almueritos de la cocina.

La Cirugía estética en nuestros días

De Hojas Selectas

Trabajo inútil fuera discutir sobre la importancia de la cirugía en la vida práctica. La mayoría de los lectores han podido observar en sí mismos ó en personas conocidas la bondad del tratamiento quirúrgico; pero quizás sea de gran interés para el público conocer lo mucho que se ha progresado durante estos últimos años en el terreno de la cirugía, especialmente en el modo de curar las desfiguraciones del rostro. Entre estos defectos de la fisonomía figuran indiscutiblemente en primer lugar las deformaciones de la nariz, de las que vamos á tratar en este breve artículo.

Las deformaciones de la nariz pueden ser resultado de heridas, enfermedades ó vicios de constitución, aunque á veces sólo es innata la predisposición á las mismas. Las tres primeras categorías se caracterizan como formaciones defectuosas; la última casi siempre como agrandamiento anormal del órgano.

Entre las heridas que causan deformidades en la nariz, sin contar las dimanantes de arma de fuego, son de bastante importancia las causadas por el corte de pedazos más ó menos grandes de la misma. Conviene citar el hecho de que entre los indios el contar la nariz era un castigo empleado con bastante frecuencia, cuyas consecuencias desfigurantes procuraba atenuar lo posible una casta de sacerdotes, los *coomas*, aplicando piel de la frente sobre la parte deformada.

Entre las enfermedades que pueden causar desfiguración de la nariz, hay que citar el *lupus*, el cual destruye frecuentemente la piel y también el cartílago. También la llamada *nariz silla* es causada casi siempre por una enfermedad interior. A las deformaciones congénitas de la nariz pertenecen especialmente las grietas, que se forman así en el centro como en los lados.

La cura de estas deformaciones se intentó de diversos modos. Además de la aplicación de piel de la frente sobre el defecto de la nariz, de lo que ya hablamos anteriormente, cuyo método se llama *indio* por el país de su origen, existe también el método italiano, que aplica la piel del brazo, y se empleó por primera vez en el año 1400 por el siciliano Branca, quien obtuvo gran fama por esta operación rinoplástica.



Retrato de una señora alemana cuya nariz afecta la forma de silla



Retrato de la misma señora después de corregido el defecto estético de su nariz

Los éxitos de estos métodos, en cuya aplicación continuada lograron grandes progresos durante la primera mitad del siglo XIX el precursor de la cirugía plástica, Dieffenbach, y otros cirujanos, dejan mucho que desear en relación á la estética, pero atenúan considerablemente las desfiguraciones de la fisonomía.

Por lo que se refiere á la corrección de la nariz silla, se efectúa ahora por medio de inyecciones de parafina.

A las cuatro categorías de las deformaciones de la nariz pertenecen las predisposiciones innatas. Las narices que en la juventud tienen una forma nada chocante, se van poniendo más feas y desfiguradas según va creciendo la persona. Así, á unos se les forma una giba cada vez mayor, en otros la nariz toma un tamaño demasiado largo y ancho. Muy frecuentes son también los defectos de la punta de la nariz, ya en forma de pico, ya chata ó zurcada, originando, por predisposición congénita, más variadas deformaciones.

Aunque tales narices estén completamente sanas, resultan de todos modos, y por causa de repetidas mofas, una fuente de disgusto continuo y de estado de ánimo hondamente deprimido. La gloria de haber conseguido curar quirúrgicamente estos defectos nasales corresponde al eminente cirujano berlinés Doctor Jacques Joseph.

En el año 1898 presentó éste en la sociedad médica de Berlín á una joven que tenía la nariz demasiado grande y muy fea. La paciente sufría

mucho á causa de esta deformación, que acabó por producirle pasión de ánimo. Pero el Doctor Joseph redujo la nariz á su tamaño y forma naturales. A este éxito pronto siguieron muchos otros, de los que el cirujano nombrado dió cuenta el año 1900 á la sociedad médica berlinese y al Congreso internacional médico de Paris, así como al de cirujanos del año pasado, con presentación de los operados. Las primeras correcciones operativas de la nariz se hicieron por vía extranasal, es decir, por medio de cortes en la piel exterior; pero el Dr. Joseph presentó en junio del año pasado á la propia sociedad médica berlinese un joven al que había curado una giba muy molesta por la vía intranasal, es decir, sin tocar la piel exterior. La ventaja de este método consiste en que no se forma *ninguna cicatriz exterior* ni se



Retrato de un caballero alemán cuya nariz afecta la forma de silla



Retrato del mismo caballero después de corregido el defecto estético de su nariz

nota vestigio alguno de la operación, á pesar del importante cambio en la forma de la nariz. El diestro cirujano ha logrado también acortar narices *demasiado largas* por vía intra-nasal, de cuyas operaciones presentó numerosos casos en mayo del presente año ante la sociedad médica berlinesa. El Doctor Joseph ha experimentado su método en cerca de cien casos.

Estas operaciones se efectúan sin anestesia especial, pues la inyección de medicamentos anestésicos basta para que el enfermo no note dolor alguno. El ruido de los instrumentos es el único signo para el paciente de que se está efectuando la operación. El proceso de la curación carece de complicaciones y raramente dura más de diez días.

Los grabados, que representan la forma de la nariz *antes y después* de operada, indican á las claras el efecto sorprendente de la misma.

Por lo que se refiere al efecto moral de la operación, diremos que en todos los operados, á la continua depresión de ánimo ha sucedido el buen humor y el contento de la vida. Los pacientes han sido librados por la operación de la pena de vivir deformados. Por último, daremos una explicación de los motivos que han inducido á los pacientes á dejarse operar. Algunos supondrán que el único ó principal móvil fué la vanidad. Pero esto es un gran error, porque á la mayor parte les indujo la conservación de la existencia, que veían continuamente amenazada.

Sabido es que á personas desgraciadas por la naturaleza con nariz deforme, no les fué posible muchas veces dar empleo á sus aptitudes, aunque no se pudiera dudar de su capacidad. Otro motivo principal para la operación quirúrgica está en el deseo anhelado de *no ser molestado* y de poder alternar en los tratos sociales.

Lo corrobora de una manera especial la siguiente frase de una señora, quien al volver de paseo después de la operación, estrechó las manos del cirujano, exclamando agradecida: "Señor Doctor, sólo le puedo decir *que hoy nadie me ha mirado*".

DR. MORRÉ

AMICE

En el bien forjado artículo necrológico de Calibán sobre J. M. de Heredia, aparece reproducido un error que he notado en otras Revistas y que me permito señalar á los amigos de la *gaye sciense* y de la erudición.

Jamás el artista impecable en rimas de los Conquistadores pudo escribir que estaban cansados de llevar sus miserias *«humaines»*,— véase el soneto—No, señor; *«hautaines»*, altaneras, quiso decir y dijo; Miserias nada vulgares; miserias en las cuales los harapos hacen pensar en un mundo de aventuras y son grandilocuentes como el estilo del poeta.

TIBI B.

Los Presidentes Franceses

de Thiers á Loubet

Siluetas familiares.

Interview de un diplomático

Entre nuestros huéspedes ilustres se encuentra un diplomático de quien ya la prensa ha hablado, y que, habiendo sido nombrado Ministro en París en los primeros años de la República, ha podido ver de cerca, en la «intimidad oficial», por decirlo así, á todos los que han precedido en el poder al señor Loubet. Este diplomático es el señor don Crisanto Medina, y, naturalmente, no se presta á *interviews* sobre esta materia, en que la menor frase puede, en labios de un diplomático, parecerse á una indiscreción. Pero no importa. El señor Medina, sin recordar tal vez que se encuentra ante un periodista, evoca sus recuerdos en un almuerzo de embajada, y nosotros aprovechamos lo que él dice para formarnos una idea del carácter de los presidentes de la «Troisième République».

El primero fué Thiers. Su vida pública, su elocuencia parlamentaria, su inteligencia maravillosa, el mundo entero la conoce. Lo que nos interesa es saber lo demás, es decir, sus características.

—«Un conservador tan admirable—dice el señor Medina—que en general los que iban á verle con objeto de explicarle algún asunto, acababan por no decir una palabra y por contentarse con oírle entusiasmados»

Este Thiers no hizo, como Presidente, ningún viaje. Las cortes europeas no invitaban en los primeros tiempos á Marianne. Pero hizo antes del fin de la guerra, como simple ciudadano, un viaje glorioso entre todos para buscar—en vano, ¡ay!—en la egoísta Europa una intervención que pudiese fin á las exigencias de Bismarck.

Después de Thiers, que encarnaba el alma de la clase media francesa, republicana y lógica, subió al poder un general lleno aún de imperial prestigio, el ilustre Mac Mahon. Entre sus manos, la idea de libertad estuvo un día á punto de perecer. El vuelo de las águilas, heridas en Sedán, fué para su cerebro una tentación. El pueblo, entonces como ahora, deseoso de paz, le obligó á retirarse.

«—Este—dice el señor Medina—era en la intimidad lo contrario del anterior. Con una sobriedad militar, no hablaba sino para expresar brevemente sus ideas. Nada de frases ni de elocuencia. Lo que hace ver su carácter, es que entre los jefes de Estado el único que intimó con él fué el Pretidente Grant, de los Estados Unidos. En su tiempo se inauguró la Exposición de 1878. El príncipe de Gales, que hoy es rey, asistió á aquella fiesta, en la cual todos acompañamos bajo una lluvia espantosa entre el lodo, al mandatario francés, que nos hacía ver á su patria ya en vía de reparar sus desastres».

El tercer presidente, Grevy, tuvo también que marcharse del poder antes de tiempo.

Un pariente suyo, M. Wilson, le comprometió en asuntos anti-populares.

El señor Medina dice hablando de él:

—«Este hombre encarnaba en grado altísimo el espíritu francés. Era amable, liberal, ingenioso, conciliador. Su elocuencia no tenía brillantez, pero en cambio era de una clara precisión de matemático. No entusiasmaba; convencía. Era un cerebro más que un alma. Esto explica sus luchas con Gambetta, que sirviendo la misma causa con igual ardor, no pudo nunca entenderse con él».

Con la presidencia de Carnot, se inicia la época actual que Loubet continúa gloriosamente. El nieto del ilustre «organizador de la victoria», organizó también una victoria nacional haciendo ver al mundo que la Francia republicana pensaba en trabajar y no en conquistar. El fué quien, en 1889, abrió las puertas de la Exposición á los representantes de Europa. Reyes y príncipes le visitaron.

«Este hombre—dice Medina—era dechado de rectitud. Su carácter frío en apariencia, escondía un alma ávida de justicia».

La palabra *frialdad*, que el Doctor Medina pronuncia, es lo que mejor caracteriza á Carnot. Los caricaturistas le representaban como un muñeco de madera. Su frac fué el más correcto y el más invariable de Europa. Su elocuencia se parecía á su frac. Y la suerte, irónica ó ciega, quiso que este hombre, que parecía hecho para todo menos para las tragedias, muriera como un personaje de epopeya. Hoy, en el lugar en que cayó víctima de una locura sanguinaria, se alza su imagen de bronce, fría y correcta, no como la de una víctima, sino como la de un parlamentario que piensa en vivir, en trabajar, no en morir.

Casimir Perier, que reemplazó á Carnot, no hizo sino pasar por el Elíseo. El señor Medina conserva del rápido pasaje de este hombre por el poder un recuerdo muy intenso. Aquella figura orgullosa, era, según parece, muy simpática á los diplomáticos.

«—Su renuncia—dice—no sorprendió á nadie. En los círculos políticos se sabía que su carácter, su modo de vivir, sus ideas, todo, en fin, lo hacían soportar sin gusto el peso del poder. De su trato, ¿qué decir que todos no sepan? En el Elíseo, como en su casa, nadie tiene ni ha tenido mayor elegancia social».

Este hombre, que algunos consideran alejado de todo, ha conservado un prestigio muy grande y una muy grande influencia. ¡Ah, si quisiera volver á la presidencia!

Y he aquí á Félix Faure, á Félix Primero, al más extraño, al más solemne, al que dió al Elíseo esplendores de regio alcázar, al que, olvidando sus orígenes plebeyos, pensó hasta en poner flores de lis en su vajilla. Este viajó con pompa igual á la del czar de Rusia. Este se creyó primo de reyes y de papas. Este llegó á hacer creer que hasta era capaz de soñar en tronos, en cetros, en conquistas. Su elegancia fué legendaria. Nadie como él para escoger corbatas y pantalones. ¡Y sus levitas! ¡Y sus camisas! Los periódicos satíricos le llamaban el hombre de los dos mil chalecos.

¡Qué contraste entre Faure y Loubet! Este último es la sencillez misma, la bondad misma. Todos recuerdan la sesión del Congreso de Versalles, en que, sin quererlo, fué elegido. ¡Los gritos de Derouledé! Y luego, gracias á su serenidad sublime, entre las complicaciones de las luchas dreyfusistas, se le ve pasar ganando cada día una simpatía. ¡Lo que va de ayer á hoy! Hoy todos desearían que el período presidencial se eternizara. El que entró en París entre silbidos, se irá entre aclamaciones. Es el más popular, el más querido, el más respetado, el más francés, el más *charmant* de los presidentes de la República vecina. Su ingenuidad es proverbial. En su pueblo todavía suele, durante las vacaciones, jugar partidas de dominó con el boticario y con el barbero. Los que viven cerca de él, lo adoran. Suave, deseoso de ser agradable, generoso, liberal, merece en verdad el nombre de «papá Loubet», que las muchachas de Montelimar le han dado entre flores y sonrisas.

(El Liberal, de Madrid)

La vida frenética

Sobre esta peonza terrestre, que da sobre sí misma treinta mil vueltas en un minuto, qué frenética carrera llevan las cosas, los seres, los sucesos y los sueños!

En este vértigo hacia el abismo que nos lleva por todos los caminos del esfuerzo humano, el viento de tempestad apenas representa la calma, el ciclón es la brisa y la avalancha es apenas un arrullo!

¿No se siente como si el mundo fuese cinematógrafo y que ondula, elástico, en una vibración parecida á la de las tardes caniculares, en las que bailan, como desagregados, los átomos?

No podríamos recorrer con menos velocidad el alpsó, tiempo de eclipse, que separa la abertura de los ojos de sus cortinas? Atravesar de esta manera la creación del buen Dios, sin ver nada, es, realmente, no merecer el «Ha vivido!» que sirve de epitafio antológico á todo hombre honrado.



Fot. Rudd

Vista en los alrededores de San José

No supongáis que echo de menos los carretones. Es verdad constante que la evolución social tiende siempre á la economía de tiempo, á la concentración de fuerzas, á la abreviación de espacios. Lejos de mí el pensar senil de esa incomparable carroza, dulce y bamboleante, en la que, de posta, en posta, el Musset de las familias alcanzaba, á pequeñas jornadas, su buena aldea de Saint-Ló!

No tengo por el ferrocarril el horror que inspiraba á Octavio Feuillet y nada me cuesta confesar que prefiero el express al ómnibus. Pero, si para andar de prisa, el vuelo de la flecha es insuficiente, las botas traleguas son tardígradas, el pichón mensajero es desesperante de lentitud, pido que se cambien nuestros órganos y que aparezca el hombre eléctrico, al uso de la vida moderna, surgido de los alambiques de la naturaleza.

Están próximos los tiempos en que, como los versos de los poetas, el caballo de carrera metamorfoseará la estagnación y reemplazará á la tortuga y el molusco en el vocabulario de las imágenes. Una silla será un objeto casi inexplicable, expuesto en el museo de Cluny, con un cartel que explique el uso preadamita que hicimos de ella.

Los inventores explotarán nuestro estado de frenesí y lo aliviarán, sin duda, por medio de admirables perfeccionamientos de las precipitaciones existentes. En el interior de trenes-relámpagos los que pasen en ellos de Oriente á Occidente, y vice-versa, el tiempo indispensable para estornudar, irán en automóviles que contengan velocípedos,—como las cajas chinas van una dentro de la otra,—en los cuales el viajero pedaleará y kilometreará, para hacerse la ilusión del movimiento en la inmovilidad, y vivir, vivir, á brazo partido!

¿Perezoso? Sí, lo soy; pero en materia de velocidad, mi medida extrema es la de rienda suelta, lo cual ya da una marcha bastante honorable. A lo menos, permite ver en dónde se cae y contra qué se van á extrellar los riñones. Permitid que permanezca así hasta el día en que se me demuestre que el objeto de la vida es hacer nudos de aire en el vacío ó salvar en treinta y dos segundos la distancia entre París y Burdeos, sobre las alas poderosas del petróleo.

Yo he observado en mis viajes que por rápidamente que se marche, siempre llegan á todas partes dos concurrentes antes que nosotros: el tiempo y la muerte. El match es desigual y la lucha es imposible.

Oh! mis caras pantuflas, mi bata de cuarto y tú, santa pipa, que encalzonos en el rincón de la chimenea, leyendo, y relejendo las obras maestras de las épocas lentas, que todo gire y voltee, yo siempre os seré fiel!

EMILE BERGERAT

La mejor belleza en la mujer

Magia hay sin duda en la hermosura externa
de la que con sus gracias se envanece,
cual diosa en los festines resplandece,
y ante la cual el hombre se prosterna.

Pero hay otra beldad que dulce y tierna,
su puro hogar anima y ennoblece
y en su ser celestial símbolo ofrece
de la belleza inmaterial y eterna.

Ante el humano orgullo menos brilla:
modesta en el hogar, santa en el templo,
cautiva más con su virtud sencilla:

serena, afable, honrada y hacendosa,
á todas sirve de glorioso ejemplo,
y esa noble mujer es siempre hermosa.

MARQUÉS DE VALMAR